

El Cocinero

Semanario Festivo Ilustrado

Fundador y Propietario: D. Roberto Bueno

NOTA ARTISTICA



San Antonio de Padua
(De Sánchez Rivadavia)

PLATITOS DE LA SEMANA

El primero de Mayo es día aciago para todo el que tiene dos pesetas y la *debilidad* de haber nacido burgués.

La gente revoltosa que sueña con la dinamita y con las teorías anarquistas—y de ningún modo los obreros, mártires del trabajo—se echan á la calle en manifestación tumultuosa, hasta que la guardia civil, arriega el cotarro, haciendo que los propagadores de la revolución social abandonen sus propósitos de anarquismo, amor libre y reparto de bienes hasta el año próximo en el que la idea esté más en sazón y los que tienen capital puedan hacer las particiones con sosiego á fin de entregarle á cada cual lo que le corresponda.

Esto dá lugar á que los ricos se pasen la primavera en un continuo susto, esperando que el mejor día, una comisión de proletarios de la benemérita clase de alborotadores seles entre por las puertas y les diga sin más preámbulos, ni más rodeos:—Venimos á hacer balance de sus bienes, para que nos dé usted lo que nos corresponde.

—¡Cómo!—exclamará el burgués, echándole una mirada de despedida á la caja=¿Ya estamos en plena anarquía?

—No señor, oficialmente nó, porque queremos evitar el escándalo y la mortandad á todo trance; pero si el reparto de bienes no se hace por la vía diplomática, el día primero de Mayo va á arder Troya!... Conque, usted dirá si nos entrega su dinero ó nó.

—Nó; prefiero dejar que pasen estos días que quedan por si muere alguno de ustedes y tocamos á más.

—Le notificamos que habrá dinamita y que vá á volar la población como si fuera un tapón de cerveza fuerte!

—¡Mejor! Pienso encerrarme dentro de mi caja de caudales; ¡es el único medio para no separarme de ella!

—¡Le vá á pesar á usted!—agregan los de la comisión—porque á los que ahora se conformen con hacer el reparto se les abona el 25 por ciento.

—¡Gracias! no me gusta especular con los pobres.

Los obreros se marchan dando un portazo que le hiela la sangre en las venas al burgués, que se queda murmurando;—¡Estos van á hacer conmigo una barbaridad!

Aquella noche la pasa inquietísima y sueña que lo han colgado de una farola de la plaza de San Antonio y que han encendido debajo de sus piés una hoguera para asarlo, á la inglesa y cenárselo luego en *La Parra del Veedor*, con Manzanilla de la Perdiz.

A la mañana siguiente se despierta con la boca seca y la cabeza dolorida y antes de levantarse del lecho, madura un proyecto salvador que se le viene á la mente.

—Sí;—murmura hablando consigo mismo—lo primero es captarse las simpatías, ya que no de todos, al menos de sus gefes: uno de los que vinieron ayer, el que parecía gobernarlos, es albañil de oficio... ¡Hay que proporcionarle trabajo á toda costa!

Y acto continuo se viste y comienza á hacer desconchados en las paredes con un tenedor y á salpicar de agua sucia los techos. Cuando ve que la casa está hecha un asco se frota las manos con satisfacción y llama á su mujer.

—¿Qué has hecho, Nicomedes?—le dice la cónyuge, sin acercarse mucho porque lo cree loco.

—¡Salvar mi capital de los horrores de una revolución! ¡Que llamen al albañil Fulano!

Dos horas más tarde, el que parecía jefe de la comisión anárquica, se presenta en la casa.

—¡Adelante!—le dice D. Nicomedes.—¿Qué tal vamos?... Mira, Braulia, tráele tú misma á *este caballero* unas cuantas ciruelas de esas claudias que nos han regalado de Bornos.

El albañil toma á guasa lo de *caballero* y le echa una mirada furibunda al burgués.

—Lo llamaba á usted, *queridísimo amigo*,—prosigue éste—para proporcionarle ocupación. ¡Es una verdadera desgracia que un hombre como usted se muera de hambre! Vá usted á encalarme la casa y á componerme las paredes.

—Es faena de ocho duros—responde el albañil.

—¡De lo que usted diga, hombre! ¡Solo faltaba que se le tasase á usted el importe de su trabajo; ¡á usted que es la perla de los albañiles!... Nada; quiero que usted dirija la obra y nombre los operarios que necesite.

—Con uno basta.

—No señor; eso es matar á los pobrecitos obreros; que vengan todos los que le acompañaban á usted ayer tarde.

—¿Los dieciocho?

—¡Claro! y si usted tiene algún otro que esté sin ocupación traígase lo también.

—Perfectamente: hasta mañana.

—Aguárdese usted, amigo: iremos á tomar las *cañas* juntos!

Al siguiente día la casa de D. Nicomedes se llena de albañiles que principian á trabajar. A la hora del almuerzo D. Nicomedes se empeña en que nadie se vaya y los convida á todos presidiendo él la mesa.

Después los envía á que se paseen por el Parque para que hagan bien la digestión y cuando vuelven y se disponen á continuar sus faenas, D. Nicomedes se opone á ello diciéndoles amistosamente:—¿Quereis echar los pulmones por la boca, tontos? ¡Basta de *aperreo*, muchachos! He mandado traer una docena de botellas de Champagne y nos las vamos á beber en el comedor... Además mi señora quiere bailarles á ustedes unas sevillanas con el traje corto...

La limpieza y el encalado de la casa, le cuesta á D. Nicomedes un sentido. El 1.º de Mayo llega y pasa en Cádiz, sin novedad, pero D. Nicomedes en vez de reconocer que sus temores le han hecho hacer gastos inútiles, se dá por satisfecho y exclama sentenciosamente:—¡El que siembra recoje! Mañana que ocurra aquí lo que en Barcelona, no me harán daño y no me pedirán mis treinta mil duros...

¡Hay que ser bondadoso á la fuerza!

Manuel Fernandez Mayo.

EN SECRETO

Te vi anoche en el teatro
al lado de tu marido,
que se atusaba el bigote
tan campante, tan tranquilo...
mientras desde una platea
devoraba tus hechizos
«el otro», que te miraba
con ojos de basilisco.
Ya sabes quien es «el otro»:
quien no lo sabe de fijo,
es tu desgraciado cónyuge;
¡siempre sucede lo mismo;

que el último que se entera
es el infeliz vendido!
Más que la paz de tu esposo,
más que su indiferentismo
que se explica, porque se halla
de tu honradez persuadido;
más que la osada insistencia
con que desde cualquier sitio
seguía «el otro» tus ojos,
—que son negros y hermosísimos
y muy buenos para hacer
propaganda de anarquismo—
lo que más me deleitaba
en aquel «teatro íntimo»,
era la serenidad
de tu semblante; el dominio
que tenías de ti misma
en frente de tu delito!
Como guapa, estabas guapa;
los dos solitarios ricos
que adornaban tus orejas,
aun sin eclipsar el brillo
de tus ojos, duplicaban
el nacarado y carmineo
de tus mejillas; tus labios
que escancian besos malditos,
como panales de Arabia
brindaban besos dulcísimos;
tu seno turgente y mórbido
elvábase con brio,
haciendo soñar tesoros
trás de tu negro vestido...

«El otro», el que es de tu cuerpo
sombra, de tu amor delirio,
contemplaba tu hermosura
como contempla el bandido
las riquezas que ha robado;
y al ver en sus ojos fijos
los tuyos, que desde lejos
hablábanse muy quedito
ese idioma de los ojos
que no se aprende en los libros,
sonrió como el demonio
debe sonreír, y dijo:
—dijo para sus adentros—
¡pues ese tesoro es mío!

¡Total, que vi dos comedias
sin moverme de mi sitio!
Más la que tú representas,
es la mejor que yo he visto!

Cerisola.

Canciones populares

Muy peligrosa y árdua es la labor de censurar ó tomar de pito las cosas consagradas por el vulgo; pero á la porción de vulgo que lee este semanario no le enoja que se ataque á lo malo, antes al contrario, de antiguo sé yó que les sirve de plato de gusto, y en este concepto me arriesgo á los peligros y á las iras de los demás.

El cincuenta por ciento de los cantares de verdadera popularidad contienen por lo menos cada uno tres ó cuatro desatinos de á folio, cuando todo el cantar no es una tontería sin asomos de sentido común.

Sin embargo, es necesario reconocer que si la musa de la poesía castellana tiene bellezas, hay que comenzar por los cantares; no por los cantares que se cantan, nó; hay una peste de mal gusto por la cual los que cantan solo se acuerdan de las coplas feas.

Hace muchos años que venía yo advirtiendo este importantísimo defecto en un pueblo culto como debía ser este pueblo nuestro; aquí el que canta, canta porque sí, porque canta, sin fijarse nunca en lo que dice cuando canta; porque si se fijase elegiría cantares de esos que *hablan al alma* y que centuplican por su idea la intensidad de sentimiento que pueda producir el tono, la dulzura de la voz y la delicadeza de la melodía, sea cualquiera que sea la canción popular de que se trate.

Ahora está muy en boga una canción flamenca que la denominan *Los tientos*, cuyas estrofas son de lo más brutal y sin sentido; verdad es que las estrofas corren parejas con la musiquita, que es una *tonada* incolora, pesada y fúnebre, como misa de *Requiem*.

La primera coplita, la coplita fundamental y la más popular, dice así:

«Me has tirado cuatro tientos
por ver si me *blandeaba*,
y me has encontrao más dura
que la campana del alba.»

Yo creo que tiene la misma dureza la campana del alba que la de maitines, oración, misa y rebato; por la sencilla razón de que todo eso puede tocarse con la misma campana, y aunque se toque con campanas distintas, la dureza siempre es la misma porque es el mismo metal. Sin embargo, bien puede haber ocurrido que el autor de la copla se figure que la campana de tocar á fuego, verbigracia, es de mantequilla de Soria.

En fin, la copleja tiene cierta palidez como tal majadería, ante el estribillo que dice:

«¡Ay, señor San Juan!
¡Ay, señor San Pedro!
Las cortinas de mi alcoba
son de terciopelo negro.»

Claro que no se puede hablar nada de la relación que tienen los dos primeros versos con los dos segundos, porque no tienen relación; pero lo gracioso es lo de que el San le pareciese al poeta poco tratamiento y le antepusiera el de *señor* á cada cual, sin duda por referirse á los dos apóstoles y evangelistas más respetables; puede que si se hubiera tratado de Santiago el Mayor, le hubiese puesto un don como una casa.

Cada cual es ortodoxo á su manera.

A la intencionada musa de este poeta anónimo, se debe con seguridad la letra de una derivación de la *solfa* primitiva de *Los tientos*, y que reza como sigue.

¡Prevenidos!

«Te quiero porque es mi gusto
y en mi gusto nadie manda;
te quiero porque me sale
de los *reaños* del alma.»

¡Ajajá!

Así se escriben coplas, y en seguida á descansar. Lo mismo podría haber dicho:

«Te quiero porque eres rubia
y no me gustan morenas;
te quiero porque me sale
de los pies de las orejas.»

Es cierto que las orejas no tienen pies .. pero ¡á ver dónde están los *reaños* del alma!

No; no se puede ser poeta y tener una noticia del alma tan fuera de tino; el alma, que es lo único que ha dado Dios á la humanidad para llevársela luego, si antes no se la lleva el mismísimo demonio, á pesar

de que haya dicho Calderón que *el alma solo es de Dios*.

Cuando D. Pedro Calderón, al hablar del alma y su patrimonio no dijo nada de los *redaños*, es evidente que no los tiene, porque sería ridículo creer que el insigne vate, el inmortal autor de *El Alcalde de Zalamea*, cuya es la cita, no estuviese en los secretos científicos del dominio de cualquier casquero.

Después de todo, hay que perdonar al poeta anónimo por su indudable modestia, peores los hay por ahí que dan su nombre y no los matan ni nada. Esto lo puedo decir con cierta autoridad porque entre esos estoy yo mismo y vivo todavía.

Lo imperdonable es que la autoridad tolere cantar esos cantares. Andan media docenita de coplas de boca en boca por esas *juegas flamencas*, eso que llaman *alegres franchachelas*, que en cuanto las lanzan al viento se empieza a poner la carne de gallina, y a reducirse el corazón, y a saltársele a uno las lágrimas y otra porción de cosas a cual más horrible.

Hay que ponerse en situación de cante: se descorchan seis botellas de buen vino de Jerez; a seguida comienza el *tocaor* a templar la guitarra, operación que aburre soberanamente porque dura una juventud entera, y cuando él considera que ya está en tono, que generalmente no está, se arranca la *cantaora* diciendo:

«Las once en el reló daban
cuando mi padre espiró,
mi madre, triste lloraba
porque dice que perdió
el árbol que la guiaba.»

Allí está trazado en cinco versos, uno de esos dramas de familia que acongojan.

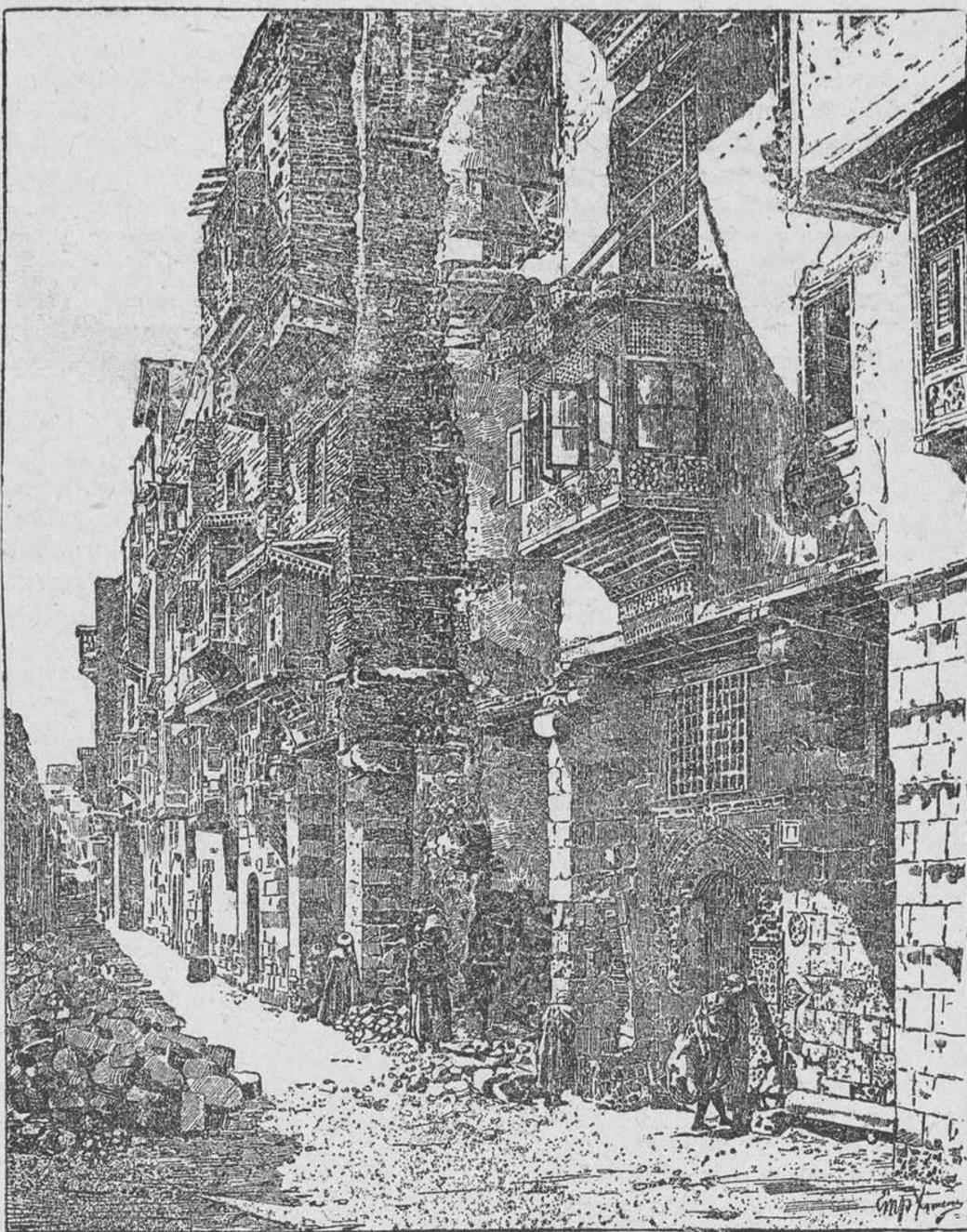
Las *alegres personas allí reunidas*, dicen ¡olé! como podían decir ¡válgame Dios! mientras el *tocaor* sigue *rasgueando* una *falseta*, hasta que entra de nuevo la *cantaora*, para decir:

«En el cementerio entré
y dije al *sepulturero*
etc., etc.»

El caso es no salir de la cárcel como no sea para ir al cementerio, dar puñaladas, y hablar de envenenamientos y muertes violentas, hasta pasar por todo el articulado del Código penal.

Luego de esto, se dejan decir que con esas cosas sesiente *jondo*; y no es que sienten hondo ni superficial, es que se conducen de tantos desastres; confunden lastimosamente el sentimiento con el dolor, es cierto que el dolor es siempre una manifestación de sentimiento; pero si las personas han de ir a divertirse sintiendo *dolorosamente*, yo creo que es muy humano aconsejarles que se queden en casa, aunque se aburran. El flamenco mal entendido es una calamidad nacional.

Los que cantan flamenco para explotarle, generalmente tienen voz de grillo, y cuando cantan tuercen la boca, cierran los ojos y levantan la cabeza para que el auditorio vea como les pasan las coplas por la garganta al salir del cuerpo.



Una calle del Cairo

Yo de mí puedo decir que oyendo y *viendo* cantar flamenco sufro mucho. En cuanto veo las cosas que tienen que hacer los profesionales para cantar, me acuerdo irremisiblemente de mi grande y buen amigo Luis París, hombre peritísimo en afecciones de gargantas, y digo plagiándole:

— ¡Pero, señor, por qué cantarán tan mal cuando no cantar es tan fácil!

Con un poco de indulgencia podrían tolerarse los gestos y aún lo desagradable de las voces, eligiesen letras que dijeran algo bonito, algo que estuviese en consonancia con la altísima misión del canto en el penoso camino de la vida. Hay cantares anónimos saturados de poesía, que son dignos de que los canten en los *conciertos* especiales a que el pueblo concurre; pero por lo mismo que encierran bellezas no son del agrado de los artistas que cultivan lo *jondo*.

Lo de coser y cantar no tiene razón de hacerse ni decirse; cuando a coser a coser, y cuando a cantar a cantar, sabiendo lo que se dice cuando se canta y diciendo conceptos que expresen algo, y si nó a callarse...

Lo pido con mucha necesidad.

F. Mendez.

A UN MILLONARIO

Carta que por el *Cosario* recibió ayer de Sevilla. D. Gregorio Trompetilla distinguido millonario,

D. Gregorio, usted es mortal: está viejo y... francamente es cosa muy natural que un día se encuentre mal y se muera de repente.

Permanece usted soltero, y aunque esto sea extraordinario sin un pariente heredero. ¡Pues bien, D. Gregorio, quiero... que me haga usted millonario!

Mi petición es sencilla y creo que le buena ley, pues con esa fortunilla que me vendría de perilla viviría mejor que un rey.

Que usted se muere es probado, lo adivina el meos ducho. Eso me trae disgustado, y aunque no lo haya notado, D. Gregorio, ¡sufro mucho!

Safro porque usted se muera, lo primero y principal, y porque me desespera el triste fin que le espera á su cuantioso caudal.

No es solo por ambición por lo que heredarle quiero; ¿semejante humillación?... Es por la *gran dirección* que le daría al dinero!

Verme millonario... ¡Sueño que no podré realizar!... ¡Ser de su fortuna dueño!... Cuánta ropa del empeño iba, ¡Dios mío!, á sacar.

Mi pobre esposa Sofia que se trasluce de flaca, ¡ay! ¡qué pronto engordaría y qué bien almorzaría con dos filetes de vaca!...

Conque, D. Gregorio, quiero vivir contento y feliz. ¡Hágame usted su heredero! Que se muera pronto espero. Su servidor.—Juan Ruiz.

Postdata: Si sus millones no me cede cuando muera, no mate mis ilusiones, ¡déjeme algunos cajones de ropa blanca, siquiera!...

Por la copia,

Tartarín de Tarascón.

MENUDENCIAS

Muchos hombres y todas las mujeres vivirían tal vez como Dios manda si no hiciera sabrosos los placeres esa prohibición que los agranda.

Quando el amor es firme y es sincero, todos los besos saben al primero.

Harto ya de María, Juan se empeña en que ha de sorprenderla en el momento de una infidelidad grande ó pequeña que sirva de motivo al rompimiento.

No sabe el infeliz que, si algún día logra prueba evidente de alguna falta grave de María, le ha de impedir que huya y ha de adorarla con pasión ardiente... ante la idea de que ya no es suya.

Sinesio Delgado.

Traje de época



(Dibujo de F. S. Coirza.)

CUENTOS CORTOS

LA VIRGEN DEL TALLER

El amo se apartó, y Nela entró iluminando con la luz de sus ojos el negro recinto. Atravesó la primera galería, colgada de herrajes dislocados, húmeda, llena de aire viscoso, y entró en la rotonda de los hornos, bárbaro templo que alumbraban cráteres flameantes, abiertos en cuatro sitios, á distancia. De cada horno salía un canal terroso, de color violado, por el cual corría el hierro con rumor vibrante, en ebullición, y se precipitaba en los moldes con ruido metálico, espesándose poco á poco, vencido de pereza, hasta quedarse yerto, prolongándose sin fin en monótona línea. Nela avanzó sin experimentar fatiga, sonriente, como genio del antro. Daban voces los obreros para advertirla la presencia del hierro, que á su paso salía con ciega furia, y en toda la rotonda reinaba un instante de angustia hasta que pasaba el peligro. Nela llegó al lugar de su padre, poniendo ante él el cesto de la comida. Los compañeros, llenos de cariño, señalaban el grupo con la mano. Y el nombre de Nela corría de boca en boca, como un ruido de besos, destacándose entre el rugido poderoso del hierro herviente.

Al salir estaba en la puerta el amo, repuesto del susto, decidido á conquistar á la fiera vírgen; pero ésta tornó á envolverle en mirada feroz, apretando los dientes...

—¿He dicho que nó, puerco...

Él la dejó pasar. Al doblar la esquina, oyó Nela que la llamaban. El ordenanza de la dirección corría á su encuentro.

—Ha dicho su padre que vuelva á las siete.

Nela siguió andando, y su hermosa y lozana figura fuese ocultando entre los altos tilos.

Poco más de las siete serían cuando Nela se acercaba al taller. Extrañóle el encargo de su padre, porque el trabajo terminaba á las seis; pero bien podía suceder que hubiese prisas... En la puerta estaba el ordenanza. Nela entró. Se notaba silencio, el sopor de los herrajes cansados, del hierro muerto en los largos moldes. La muchacha llegó á la rotonda de los hornos. Todo estaba en cálida obscuridad. En el fondo opaco brillaban algunas ascuas. Por el hueco central subía el vaho abrasador del horno grande, que estaba en el sótano y tardaba muchas horas en apagarse. Á su lado, en el enorme recipiente, merced al calor, seguía líquido el hierro, meciéndose tenuemente y semejando gris oleaje con reflejos de rojo metálico. Nela recorrió con la vista la rotonda. Su padre no estaba. Iba á salir, cuando una figura cerró la puerta. Era el amo. Con paso lento avanzó, cerrando tras de sí el pesado postigo. Nela irguióse magnífica.

—No me asusta. Ni aquí ni en ninguna parte.

—Pues aquí, ó te ahogo.

Y sudando de lujuria, con los ojos ardientes

y entre-abierta la boca, se precipitó sobre Nela, quien tras breve lucha logró adquirir ventaja. Su cuerpo poderoso tomaba actitudes de atleta, apretando contra su pecho el señor.

—¿Quiere carne? Aquí la tiene.

Y apretaba sin tregua, restregándole contra sus senos, en un espasmo de ira que daba á su rostro expresión trágica. El amo puso sus labios sobre los de Nela y sonó un beso. La muchacha escupióle, atenazándole cada vez más.

—Eso no se lo perdono.

Tiró de él, llevándole hacia el orificio del horno grande, cuyo calor llegaba á ellos en pesada atmósfera. El señorito intentó un supremo esfuerzo, pero fué vencido su cuerpo endeble y tuberculoso, por la vida sana y fresca de la fiera vírgen, cuyos vestidos desgarrados apenas velaban su carne briosa, cubierta de piel blanca, semejante en su pastosidad á la nieve. Y de un vigoroso empujón precipitó al señorito por la roja sima. Un grito de muerte retumbó en la estancia, haciendo oscilar los instrumentos de trabajo, y la muchacha se acercó á tiempo de ver al bellaco sepultarse en el recipiente de hierro, que durante un minuto agitóse con las convulsiones del infeliz, y al cabo se quedó manso, como ahito de aquel montón de carne, del cual sólo se veían las dos piernas.

Nela sonrió con brutal satisfacción, empujándose para abarcar la encendida boca del horno, á cuyo lado izquierdo estaba el lago de metal, enfriándose lentamente hasta hacerse molde del exánime cuerpo...

J. Menéndez Agusty.

Fritos y Asados

HEMOS recibido un ejemplar del precioso sainete cómico en un acto y en prosa, titulado *A las filas!* escrito por el ilustrado periodista, nuestro estimado amigo, D. Pedro A. Rozo.

Dicha obra fué estrenada con gran éxito en nuestro Teatro Circo Gaditano.

Agradecemos al Sr. Rozo el ejemplar que nos envía, que constituye una animadísima sátira, perfectamente descrita, del carácter político de los pueblos de nuestra región, donde impera el caciquismo.

*

Los pecados del amor,
si amor puro pecar puede,
hallan en la reincidencia
el cura que los absuelve.

*

Importante para las personas Sordas

Los Timpanos artificiales en oro, del Instituto Höllebeke, son reconocidos por los únicos eficaces contra la sordera, ruidos en la cabeza y las orejas. Un fondo permanente, sostenido por donaciones de pacientes, agradecidos, autoriza á dicho instituto á mandarlos gratuitamente á las personas que no pueden

procurárselos. Dirigirse al Hollebeke's Institute, Menway-House, Earl's Court, Londres W. Inglaterra.

*

Quiero quererte querer,
quiero que quieras quererme,
quiero que siempre te quiera
¡quiero que me quieras siempre!

*

El domingo pasado se efectuó en la alegre terraza del Restaurant *Osiris* de Puerta de Tierra, el almuerzo con que obsequiaron al notable periodista don Ricardo Cano, sus compañeros en la prensa y amigos particulares.

Presidieron la mesa D. Ricardo Cano y D. José Rubio Argüelles, y á derecha é izquierda respectivamente de los mismos, sentáronse los doctores señores Castro y Gilabert, D. Waldo Azpiázú y D. Pedro Carratalá.

Adhiriéronse al almuerzo los Sres. D. Francisco Guerra y Jimenez, D. Roberto Bueno, D. Joaquín Quero, D. Agustín Roche, D. Joaquín Navarro, don Luís Perez y otros que no recordamos.

El exorno de la terraza con arcos de flores, ramaje y palmas, y el excelente servicio de la mesa fueron del agrado de todos, que felicitaron al dueño del Restaurant D. Federico Madrazo y al director del servicio D. Damián Ruiz.

Hubo numerosos brindis entre los que sobresalieron los de los ilustrados doctores, Rubio Argüelles, Castro y Gilabert y los del Sr. Aufrán, D. Antonio Milego y una improvisación en verso, de D. Manuel Soba.

El popular y chispeante artista D. Luis Estrugo, que también figuraba entre los comensales, regaló al Sr. D. Ricardo Cano dos preciosos dibujos titulados *Crisálida* y *Mariposa*, que representaban las caricaturas del Sr. Cano antes y después de la extirpación del tumor que le fué extraído por el Dr. Rubio Argüelles.

*

Por no haber llegado á tiempo oportuno el dibujo que semanalmente nos envía nuestro redactor artístico Sr. Figal, residente en el Puerto, y para no retrasar la salida del presente número, suprimimos por *esta sola vez* la plana litográfica, prometiendo á nuestros suscriptores resarcirlos de esta falta irremediable con nuevas mejoras en nuestra publicación.

Conque ya lo sabéis, y mil perdones!

*

No creas que por mirarme
te voy de nuevo á querer;
pues por mucho que me mires
sé que no me puedes ver.

Joaquín del Barco.

capital de la Condesa de Vilaller, no puede ser mal negocio.

—Bueno, pues habla, repuso impaciente Josefina.

—¡Demonio! El caso es que no se cómo empezar.

—¡Me pones en cuidado!

—No te alarmes que la cosa no es para ello.

—Vamos hombre, empieza.

—Pues allá voy, dijo D. Luciano, sentémonos y presta atención á lo que á decir voy.

VII

Sentáronse y después de una breve pausa, en la que D. Luciano dió forma á las ideas que bullían en su cerebro, habló de esta manera:

—Tu sabes que por mis años y por mi experiencia, no me equivoco fácilmente cuando juzgo á una persona. Ejemplo práctico de lo que te digo tienes en tu hija Nieves. Bien os decía yo á tí y á mí buen hermano: esa niña será un modelo; su carácter cual nin-

—Ayudarles, romper la barrera que los separa.

—Así pienso yo; rompamos esa barrera.

—No adivino.

—¡Tonto! ¡Más que tonto!

—¡Ah! Ya comprendo; Ricardo.....

—Sí, y Nieves.

—Mal negocio me parece, dijo Luís. Cier- to es que la chica lo quiere; pero mucho me temo que no lleguen al pináculo de su felicidad. Contra las montañas de granito, la dinamita; contra el hierro las potentes máquinas modernas... un corazón metalizado solo se mueve y se transforma ante el brillo del oro. Es triste realidad, pero realidad al fin.

—Teneis razón, repúsole Maria.

La condesa solo piensa en buscar para su hija un marido millonario; pero quién sabe... Quizás al conocer la pasión de Nieves varíe de modo de pensar. Ayer, continuó la joven- cita, pasó la pobre niña toda la tarde conmigo hasta poco antes de llegar tú.

¡Se me partía el corazón al oírlo! Cuando vió mi *trousseau* me dijo:—¡Que feliz eres Maria! ¡Cuánto daría por cambiarme por tí! Quieres á un hombre y sin trabas de ningun-

Manuel Sahagun

(S. EN C)

Agencia Administrativa

Gestiona toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de esta capital y en los diferentes Ministerios de la corte. Redención de censos. Habilitación de clases pasivas. Defensas en los juicios administrativos y civiles, contando con abogados y procuradores competentes. Se encarga de la compra de bienes del Estado. Representaciones de Ayuntamientos.

Argantonio 9, esquina á la de Alcalá Galiano
Antes Manzana - CADIZ.

ALMACEN DE JOYERIA, PLATERIA Y RELOJERIA

José Estrugo

Casa fundada en 1840

Oro en panes, para doradores y pintores. Surtido completo en relojes, de precisión, de sobremesa, cuadros alemanes, suizos y franceses.—Optica, instrumentos de Cirujía y Medicina.—Taller de reparaciones.—Se garantiza todo trabajo hecho en los talleres de esta casa.

CRISTOBAL COLON, 24.-CADIZ.

Sancho & Perez-Stella

REPRESENTANTES

DE

CASAS NACIONALES Y EXTRANJERAS

Vargas Ponce 1, 1.º—Cádiz

Apartado núm. 5—Telegramas PEREZTELLA.

José Vinuesa y de Rivas

AGENTE DE NEGOCIO MATRICULADO

ISAAC PERAL, 8

Empleado de Hacienda que fué en esta provincia más de 19 años.

Gestión de asuntos administrativos en todos los ramos del Estado.

Redención y cobro de toda clase de créditos contra el Estado.

Gestión de expedientes de Jubilaciones, Retiros, Pensiones de viudedad y orfandad, civiles y militares, Rehabilitaciones, Transmisiones, Mesadas de supervivencia, Cruces y Traslados.

Cobro de cupones y de intereses de resguardo del Banco de España y Cartas de pago de la caja de Depósitos.

Habilitación de Clases Pasivas.

Cádiz.—Imprenta de Manuel Alvarez Murguía 25

na clase puedes ante el mundo entero declarar tu amor. Yo quiero también, pero sin esperanza; el que adoro es pobre; yo tengo el defecto de ser demasiado rica. Y recostándose en la *chaise-longue* de mi gabinete, lloró amargamente. Yo también lloré, no lo pude remediar. Al recuerdo de aquella escena, dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de María.

—¡Vamos tontuela! dijo Luis, seca ese llanto.

—Sí; tontuela, repuso María, tontuela, porque quiero á Nieves, porque es tan buena, tan digna de que no se le haga sufrir...

—Vamos por partes: Ricardo no creo que haya hablado con Nieves más que en la visita del otro día y me parece que entonces...

—Sí delante de la mamá; buena es la condesa. Pero esas cosas no es menester decirlas para comprenderlas. Tampoco me dijiste tú nada cuando estábamos en San Sebastián y sin embargo, bien conocí que te gustaba.

—Es cierto. En conclusión ¿qué te propones? dijo Luis levantándose.

—Escucha, contestó María. Nieves y Ricardo, están ahora en el salón; pero entre el bullicio de la gente no podrán hablar con tranquilidad. Tú te encargas de entretener

á la condesa, para que mientras tanto puedan ellos venir aquí y hablar sin testigos inoportunos.

—¡Bonito papel!

—Ya que somos felices, procuremos la felicidad de los demás.

—Pero Nieves sabe...

—Calla tonto, repuso María riendo; es plan convenido entre ella y yo.

Luis dió el brazo á su futura y al dirigirse al salón se cruzaron con la condesa y su cuñado.

Don Luciano al verles dijo á Josefina.

—¡Qué felices son! ¿verdad? ¡mira, mira que arrogante pareja! Da envidia la alegría que les asoma al rostro.

—Sí, contestó la condesa, pero como supongo, que no sería eso lo que tenías que hablar conmigo, te agradeceré...

—Calma, calma, dijo D. Luciano, que no es asunto el que á tratar vamos de poca monta y por eso he querido estar á solas contigo.

—¿Has hecho algún mal negocio? exclamó alarmada la condesa.

—No te pongas en cuidado, repuso el anciano sonriendo amargamente. ¡Eres una Mascota! Negocio en que esté comprometido